

INTERVENCIÓN DE VÍCTOR OCHOA EN LA ENTREGA DEL IV PREMIO DE LA FUNDACIÓN VILLACISNEROS A ANDRÉS PASTRANA Y ÁLVARO URIBE

“Soy Víctor Ochoa, escultor.

Agradezco a La Fundación Villacisneros haber elegido mi Obra para este reconocimiento y a los premiados D. Andrés Pastrana y D. Álvaro Uribe, el haberlo aceptado, así como a todos los presentes por escuchar mis palabras.

Solo materializo aquello que imagino, y eso me da absoluta libertad incluso para equivocarme.

Imagino igualmente que La Paz es un asunto a resolver por los políticos, La Justicia a ser impartida por los jueces y El Arrepentimiento inherente a quienes han inflingido el terror y el dolor en sus semejantes.

Con las víctimas no hube de imaginar nada porque al emprender este proyecto, hace casi 30 años, Ana María Vidal- Abarca, presidenta de la A.V.T., me lo expresó con toda nitidez:

- Lo que las víctimas del terrorismo solo pedimos (y exigimos) es que se nos reconozca (públicamente) nuestro profundo dolor.

Supe así que tanto ese dolor, como el perdón, eran patrimonio esencial de las víctimas y que sin volcarse en ellas el resto parecería una patraña.

De entre las esculturas que iba modelando, ésta del secuestro y posterior ZULO, emergió sobre todas las demás. Las primeras manchas y esbozos de café se transformaron en una pequeña figura de cera alrededor de un alambre, y aunque tuve que imaginar de nuevo porque no conseguí que ninguna de las personas que lo padecieron y fueron liberados pudiera contármelo, tal era el celo de las familias por evitarles revivir tal angustia, me dije que solo el escultor era capaz de aquella escultura y de ahí hasta los cinco metros de bronce ya no volví a dudar.

Le quité el espacio vital, lo desnudé y oculté su rostro, apagué la luz y le quité el aire. Lo dejé únicamente con su rabia al olvido. No quería ni cicatrices ni horror y sin explicarle lo que pretendía se lo mostré al Premio Nobel C. J. C para que contara su parecer. Escribió:

- El hombre ama al sol y al viento y el agua que lo vieron nacer. A veces son hostiles, pero son siempre suyos.

Es saludable pegarse a la tierra y andar descalzo sobre la tierra porque la fuerza entra por los pies.

¡Qué impresionante contradicción!

A esos seres que incrustaban dentro de un zulo, además de privarles de gran parte de su vida, pretendían arrancarles de cuajo su humanidad.

¿Podrían los más afortunados de entre sus víctimas recuperarla algún día?

Nuestros dos homenajeados podrían darnos una pista y déjenme imaginar, ahora, que esta escultura que reclama su sitio para miles de víctimas, pueda alzarse algún día en Colombia al empuje de la Dignidad

Porque no me digan Uds., que como a mí, no se les enturbian los ojos cuando escuchan la primera estrofa de la canción de León Gieco cuando dice:

-Solo le pido a Dios que el dolor no me sea indiferente-
Y mientras tanto los niños y niñas que se suben a ella la llaman la escultura del hombre triste.